



Cuentos de antaño

Charles
Perrault

Ilustraciones:
Gustave Doré

ANAYA

Historias o cuentos de antaño





CHARLES PERRAULT (1628-1703)

Cuentos de Antaño

Charles Perrault

Introducción:
Oscar Peyrou

Traducción y notas:
Joëlle Eyheramonno y Emilio Pascual

Apéndice:
Emilio Pascual

Ilustración:
Gustave Doré

ANAYA

Edición facsímil de la publicada
por Ediciones Generales Anaya en 1983

*La presente obra es traducción directa e íntegra de los originales franceses siguientes:
Griselidis, nouvelle. Avec le conte de Peau d'Ane, et celui des Souhairs ridicules
(publicado por la viuda de Jean Baptiste Coignard, París, 1694), para los cuentos
en verso, y de Histoires ou Contes du temps passé (publicado por Claude Barbin,
París, 1697), para los cuentos en prosa. Las ilustraciones, de Gustave Doré,
acompañaron a la edición francesa de 1862.*

Cubierta: José María Ponce
Grabado del autor: Edelinck según retrato de Tortebat

Título original:
*Griselidis, nouvelle. Avec le conte de Peau d'Ane, et celui des
Souhairs ridicules, París, 1694
Histoires ou Contes du temps passé, París, 1697*

1.ª edición, octubre 2016

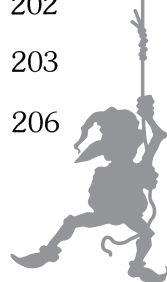
© Traducción, notas y apéndice: Joëlle Eyheramonno y Emilio Pascual, 1978
© Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-2747-5
Depósito legal: M-19763-2016
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Índice

Introducción a los cuentos de hadas	7
<i>Cuentos en verso</i>	25
Prólogo	25
Grisélidis	29
A la Señorita **	29
A Monsieur *** enviándole Grisélidis	64
Piel de Asno	67
A la señora Marquesa de L ***	67
Los deseos ridículos	91
A la Señorita de la C ***	91
<i>Cuentos de antaño</i>	97
A Mademoiselle	97
La Bella durmiente del Bosque	99
Caperucita roja	113
Barba azul	117
Maese Gato o el Gato con Botas	127
Las Hadas	135
Cenicienta o el zapatito de cristal	139
Riquete el del copete	149
Pulgarcito	157
Notas	173
Apéndice	177
Noticia bibliográfica	202
Las ilustraciones de Gustave Doré	203
Bibliografía	206





Grisélidis

A la Señorita **1

Al ofreceros, joven y prudente
Beldad, este eminente
modelo de Paciencia,
jamás me he alabado
de que en todo por vos fuera imitado,
porque creo en conciencia
que sería pedirlos demasiado.

Mas París, donde el hombre es distinguido
y donde el bello sexo, que ha nacido
justo para agradar,
halla su más cumplido bienestar,
está por todas partes tan henchido
de ejemplos que le da el vicio contrario,
que no puede estar siempre protegido
con el contraveneno necesario,
para de su influencia preservarse
o para liberarse.

Una Dama que sea tan paciente
como ésta de que ensalzo la valía
sería en todas partes sorprendente,
pero en París hoy día
un milagro sería realmente.

La mujer es aquí la soberana,
y todo aquí, obviamente,
se regula como le da la gana;
en fin, es un ambiente
tan bienaventurado,
que sólo está por Reinas habitado.



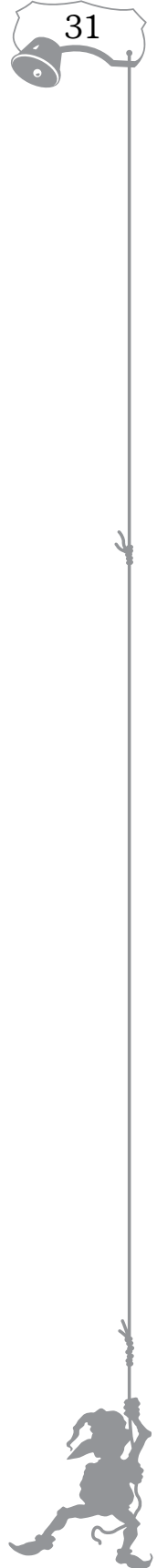
Ya veo, pues, que en estas condiciones
Grisélidis será poco apreciada,
y que aquí soltarán la carcajada
con sus anticuadísimas lecciones.

Y no es que la Paciencia
no se halle entre las finas
virtudes de las Damas parisinas,
pero, por su larguísima experiencia,
la ciencia han adquirido
de hacérsela ejercer sólo al marido.



A orilla de las célebres montañas
donde el Po², deslizándose entre cañas,
estrena su corriente
paseando por las próximas campañas,
vivía un joven Príncipe valiente,
gozo de su Provincia y de su gente:
cuando el Cielo lo hubo formado apenas,
ya derramó sobre él a manos llenas
lo que tiene de más extraordinario,
eso que de ordinario
reserva a sus amigos sabiamente
y da a los grandes Reyes solamente.

Tenía, pues, colmado así de dones,
de alma y cuerpo todas las perfecciones:
Robusto, ejercitado,
al oficio de Marte³ era apropiado,
y a más de todas estas buenas partes,
por el secreto instinto que derrama
una divina llama,
amaba con pasión las bellas Artes.
Le gustaba el combate, la victoria,
el gran proyecto, el hecho valeroso,
y en fin todo lo que hace a un nombre honroso
perdurar en la historia;
pero su pecho tierno y generoso
fue más sensible aún a la alta gloria
de hacer al Pueblo suyo venturoso.



Pero un humor sombrío oscurecía
aquel temperamento valeroso,
que, triste y melancólico, le hacía
ver, en su pecho siempre receloso,
al bello sexo infiel y mentiroso:
en la mujer en que resplandecía
el mérito o virtud de más rareza,
él sólo un alma hipócrita veía,
un ser lleno de orgullo y altiveza,
un cruel enemigo que, implacable,
sólo aspira de modo infatigable
a ejercer un imperio soberano
sobre el hombre infeliz y miserable
que caerá en su mano.

El contacto frecuente con el mundo,
donde no hay más que Esposos subyugados
y tantos traicionados,
aumentó aún más en él su odio profundo,
unido al aire ya de sí celoso
del País receloso.
Y así, más de una vez había jurado
que, aunque el Cielo, por fin de él apiadado,
hiciera otra Lucrecia⁴,
jamás a la ley recia
del himeneo se sometería.

Así pues, cada día,
tras haber la mañana dedicado
a asuntos del Estado,
cuando había arreglado sabiamente
lo necesario al régimen interno
para la buena marcha del gobierno,
y había preservado puntualmente
los derechos del huérfano impotente,
de la viuda oprimida,
o una contribución era abolida
que había introducido antiguamente
una guerra forzada,
iba la otra mitad de la jornada
de caza, en donde el Jabalí y el Oso,
a pesar de su furia y de sus armas,



no le daban tal cantidad de alarmas
como le producía el sexo hermoso,
al que evitaba siempre que podía.

Los súbditos, no obstante, a quienes guía
y el interés apura
de asegurarse el sucesor que un día
los gobierne asimismo con dulzura,
lo convidaban incesantemente
a que les procurase un descendiente.

Un día hasta el Palacio en cuerpo⁵ fueron
para hacer una última intentona;
un Orador con ellos se trajeron,
el mejor por entonces de la zona,
y de grave apariencia,
quien dijo en su elocuencia
lo que puede decirse en ese caso.

Hizo hincapié no escaso
en el intenso anhelo de su gente,
que deseaba ver con impaciencia
del Príncipe la ilustre descendencia
que haría para siempre floreciente
su Estado; dijo incluso finalmente
que estaba viendo un Astro ya en la cuna,
nacido de su púdico himeneo,
el cual, según el general deseo,
haría oscurecer la Media Luna⁶.

En un tono más llano
y con voz menos fuerte,
el Príncipe a sus súbditos, urbano,
respondió de esta suerte:

«El celo y la porfía
con que queréis llevarme en este día
a atarme al matrimonio,
me da mucha alegría
y es, para dicha mía,
de vuestro amor un grato testimonio;
estoy sensiblemente conmovido,



y quisiera cumplir vuestro deseo
 mañana a ser posible de corrido:
 pero a mi parecer el himeneo
 es asunto en que, cuanto más prudente
 es el hombre, halla más inconveniente.

»Observad bien a todas las doncellas:
 mientras con sus familias viven ellas,
 son un dechado de sinceridad,
 de virtud, de pudor y de bondad;
 pero en cuanto la boda se concreta
 y cae el disfraz a un lado,
 y, habiendo su destino asegurado,
 ya no tiene importancia ser discreta,
 cada una de su parte⁷ se despoja
 después de lo que hubieron de penar,
 y dentro de su hogar
 hacen todo lo que se les antoja.

»Una, que siempre está malhumorada,
 y a quien nada le agrada,
 se vuelve una Devota exasperante,
 que grita, chillar y gruñe a cada instante;
 otra, que a la Coqueta se moldea
 y sin cesar escucha o cacarea,
 en materia de Amantes
 jamás tiene bastantes;
 ésta, que por las bellas Artes siente
 un interés demente,
 opina y se pronuncia sobre todo
 con arrogante modo
 y, criticando como si tal cosa
 al más hábil Autor, se hace Preciosa⁸,
 aquélla en Jugadora se ha erigido:
 lo pierde todo entero,
 muebles valiosos, joyas y dinero,
 e incluso hasta el vestido.

»Entre tantos caminos como tienen,
 sólo una cosa veo
 en que al cabo y al fin todas convienen,
 y es en querer mandar sin más rodeo.



Pero el caso es que yo estoy convencido
de que no hay matrimonio conocido
donde poder vivir en condiciones,
si ambos quieren ponerse los calzones;
así que si insistís en el deseo
de que yo me aventure al himeneo,
buscadme una Beldad
joven y sin orgullo y vanidad,
de obediencia acabada,
de paciencia probada,
y que no tenga propia voluntad:
cuando hayáis encontrado tal doncella,
me casaré con ella.»

Habiendo dado el Príncipe final
a su discurso y aun sermón moral,
sobre el caballo móntase al momento
y corre hasta quedarse sin aliento
a unirse a su jauría con premura,
que lo espera en mitad de la llanura.

Después de haber cruzado varios prados,
barbecheras y campos cultivados,
halla a sus Cazadores
sobre la verde hierba recostados;
al verlo se levantan y, avizores,
hacen temblar con sus cuernos tronantes
de aquellos bosques a los habitantes.

Los galgos ladradores
brillan aquí y allá entre los rastrojos,
y los Sabuesos, con ardientes ojos,
que vuelven a sus puestos de batida
desde el fondo del bosque, donde tienen
las Bestias su guarida,
arrastran, la mirada enardecida,
a los criados que firmes los retienen.

Habiéndose informado
por uno de que todo está dispuesto
y que están sobre el rastro deseado,
ordena con un gesto
que a la caza se dé comienzo presto
y que suelten los perros al Venado.



El fragor de los cuernos que resuenan,
el agudo ladrido
de los perros picados, más el ruido
de los caballos que relinchan, llenan
el bosque de tumulto y confusión,
y en tanto el eco sin interrupción
los multiplica, piérdense con ellos⁹
en el más intrincado corazón
de los bosques aquellos.

El Príncipe, por suerte o por su hado,
toma por un camino equivocado
y que los Cazadores no han seguido;
cuanto más corre, más se descarría:
en fin, hasta tal punto se desvía,
que de perros ni cuernos oye el ruido.

El lugar adonde llegado había
llevado por su insólita aventura,
sombrio de verdura
y claro de arroyuelos, sumergía
al espíritu en un secreto horror;
espontánea, la Naturaleza
mostraba tal belleza y tal pureza,
que mil veces bendice allí su error.

En esos dulces sueños sumergido
que suelen inspirar de mil maneras
los grandes bosques, aguas y praderas,
siente de pronto el corazón herido,
fijos los ojos en el riachuelo,
al ver la aparición más agradable,
más dulce y más amable
que jamás hubo visto bajo el Cielo.

De una joven Pastora se trataba
que a orillas de un arroyo hilando estaba,
y, mientras conducía su rebaño,
con mano diestra y primoroso apaño
el huso ágil giraba.

Ella hubiera podido sin ambages
domar los corazones más salvajes;




su cutis poseía la blancura
de los lirios; su natural frescura
a la sombra ideal de los boscajes
se había preservado:
su boca conservaba todavía
de la infancia el encanto y el agrado,
y en sus ojos de dócil armonía,
suavizados por un párpado oscuro,
más azules que el firmamento puro,
también más luz había.

El Príncipe, embebido,
se desliza en el bosque, contemplando
la hermosura que su alma ha conmovido;
pero, al hacerlo, el ruido
de sus pasos mientras se va acercando
hizo¹⁰ que la Belleza
hacia él dirigiera la cabeza;
al verse sorprendida,
un encendido y súbito rubor
aumentó de su tez el esplendor,
dibujando en su cara enrojecida
el triunfo del pudor.

Bajo el velo inocente
de su amable vergüenza y timidez,
el Príncipe prudente
al punto adivinó una sencillez,
una sinceridad, una dulzura
de que nunca creyera
que el bello sexo ser capaz pudiera,
y que ve en la criatura
en todo el esplendor de su hermosura.

Sobrecogido de un temor callado,
algo en él totalmente inusitado,
se aproxima aturdido,
y, más tímido que ella,
con voz trémula dice que ha perdido
de sus Monteros todo rastro y huella,
y luego le pregunta si ha advertido
que cerca de este lado
de los bosques la caza haya pasado.





Los archifamosos cuentos de Perrault, tan conocidos y al mismo tiempo tan mal conocidos, componen un pintoresco volumen con ocho cuentos en prosa y tres en verso, que más de tres siglos después aún conservan una frescura, una gracia y una ironía perdidas con harta frecuencia en la maraña de adaptaciones y falsificaciones sin cuento. Charles Perrault, hombre de mundo, académico y cortesano en la corte de Luis XIV, es –en palabras de Paul Hazard– «fresco y lozano como la aurora; siempre se le descubren nuevos encantos. Como si fuera el que más se divierte y contara esas prodigiosas historias solo para su placer».

1541156 ISBN 978-84-698-2747-5
9 788469 827475